

Un día decisivo

Comunión. Compartimos nuestra comunión, pero seguimos al Señor Jesucristo.

Aquellos de nosotros que nos hemos reunido hoy para profundizar en nuestra comprensión de la palabra de Dios sobre cómo ayudar a las personas en nuestras reuniones de casa, nos preocupamos profundamente por el avance de la palabra de Dios, viendo cómo la integridad de la palabra de Dios crece en nuestras propias vidas y en las de aquellos a quienes tenemos el privilegio de servir. Hoy es un día de decisión.

1 Tesalonicenses 2:13

¹³Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.

Dios es verdadero. Esta palabra de Dios, la Biblia, es la voluntad revelada de Dios. Sin conocer la palabra de Dios, no puedes comprender la voluntad de Dios, del mismo modo que no podrías conocer la voluntad de un hombre sin leer sus palabras ni escuchar lo que dice.

Nuestro tiempo es un tiempo de decisión. Tenemos a nuestro alcance un conocimiento preciso de la palabra de Dios. Esta palabra de Dios no surgió por voluntad del hombre. Fue dada por revelación. Dios se ha revelado a sí mismo. El hombre no ha explicado a Dios. Dios se ha explicado a sí mismo y nos ha revelado su voluntad. Nuestra época es una época de decisión. Si esta palabra de Dios es para ti lo mismo que las palabras del hombre, o de menor importancia que las palabras del hombre, entonces has tomado una decisión que va en contra de la voluntad de Dios.

Pero, si en este momento decisivo al que tú y yo nos enfrentamos, has tomado la decisión de que, para ti, la palabra de Dios es la voluntad de Dios, y vas a aceptar esa palabra de Dios, hacer lo que dice y amar a Dios por haberse revelado, entonces tomamos decisiones que están en consonancia y armonía con Dios y su palabra. Esta palabra de Dios no son las palabras de los hombres. Constantemente se nos hacen llegar las palabras de los hombres, las opiniones de los hombres, las ideas de los hombres, cómo creen ellos que debemos vivir, cómo creen que debemos adorar a Dios, cómo creen que debemos estructurar nuestras vidas.

Esta es la revelación que Dios hace de sí mismo. Por eso también damos gracias a Dios sin cesar, porque cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres. Cuando nos reunimos en una reunión en el hogar, no discutimos la palabra de Dios como si fueran palabras de hombres.

No decimos: «¿Crees que esto funcionará?», o «Bueno, ¿y si lo hiciéramos de otra manera?», o «¿Has considerado este punto de vista?». ¿Verdad? Cuando se dan a conocer las palabras de los hombres sobre un tema, una cuestión o una situación, hay debate. Hay diversos puntos de vista. Todos participamos en ese tipo de debates de vez en cuando.

Estas palabras no son palabras de hombres. Cuando nos reunimos en una reunión en el hogar, nuestra decisión no consiste en especular sobre si esto podría ser correcto, si vale la pena ponerlo en práctica o si tal vez podría ser provechoso si lo pensáramos. No las recibimos como palabras de hombres, sino como lo que en verdad son: la palabra de Dios.

Y también surte efecto en vosotros los que creéis. Esta maravillosa palabra de Dios es absolutamente cierta, aunque ninguno de nosotros llegara jamás a creerla.

¿Lo sabes? Cuando enseñas en una reunión en el hogar, cuando enseñas la palabra de Dios, puedes hacerlo con toda autoridad, aunque yo nunca llegara a creerla. La palabra de Dios es verdadera aunque yo nunca llegue a creerla, porque Dios es verdadero. No se trata de palabras de hombres. Esta palabra de Dios es la declaración del propio Dios. Pero a veces podemos conocer cosas a través de la palabra de Dios sin haber madurado aún lo suficiente como para ponerlas en práctica. Siguen siendo ciertas. Siguen siendo absolutamente ciertas porque están garantizadas por Dios. No por mí, ni por vosotros, sino por Dios. Y si a alguien no le gusta, es asunto suyo. No es asunto nuestro si a la gente le gusta o no; si la gente lo cree o no. No la suavizamos ni la diluimos para asegurarnos de que nadie se sienta ofendido. Nuestra tarea consiste simplemente en leerla, comprenderla y proclamarla para que otros hombres y otras mujeres puedan llegar a conocer a nuestro maravilloso Dios.

En 2 Pedro 1:20, sabiendo esto ante todo. Ni en segundo lugar, ni en tercero. Sabiendo esto ante todo,

2 Pedro 1:20-21

²⁰entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada,

²¹porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Tenemos que acudir a la Palabra de Dios y no tratarla como si fueran palabras de hombres, sino como la Palabra de Dios, que no proviene de la mente humana, sino que fue revelada por Dios a hombres santos que luego la escribieron. Doy gracias a mi Dios sin cesar porque, cuando recibisteis la Palabra de Dios, no la recibisteis como palabras de hombres, sino como lo que en verdad es: la Palabra de Dios.

No surgió por voluntad humana, sino que hombres santos de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo. Esta es la revelación de Dios. Y hoy vivimos en una época de decisiones. Podemos decidir que esta palabra de Dios es, para nosotros, la voluntad de Dios, y que vamos a seguirla, o podemos decidir que es simplemente como la voluntad del hombre, para ser manejada como nos plazca. Contar algunas historias. Añadir un poco de comentario social. Meter algunas tradiciones humanas. Porque a todo el mundo le gusta un poco de tradición, ¿verdad? El comentario social está muy de moda hoy en día.

Esta palabra de Dios da a conocer a nuestro maravilloso Señor y Salvador Jesucristo. Somos seguidores del Señor Jesucristo. La razón por la que enseñamos la palabra de Dios es que da a conocer la voluntad de Dios, lo que a su vez da a conocer a Cristo, para que podamos seguirle.

En Juan 14:12, donde Jesucristo dijo: «Las obras que yo hago, vosotros también las haréis, y haréis obras mayores que estas, porque yo voy al Padre». Si no hubiera sido Jesucristo quien lo hubiera dicho, no creo que ninguno de nosotros lo creyera jamás, pero él lo dijo, y tenemos el privilegio de alzarlos para creerlo. Me sorprende enormemente que Él quiera que yo haga eso. Todos tenemos a Cristo en nuestro interior. Si has nacido de nuevo del Espíritu de Dios, tienes a Cristo en ti, la esperanza de la gloria, que nos hace plenamente capaces. Las únicas incapacidades que tenemos son aquellas que no hemos desarrollado al renovar nuestras mentes y revestirnos de la capacidad de Dios en Cristo que hay en nosotros.

Nuestro tiempo es un tiempo de decisión. ¿Vamos a seguir al Señor Jesucristo, o vamos a seguir las palabras de los hombres? ¿Vamos a tratar esta Palabra de Dios como si fueran palabras de hombres, o vamos a tratar esta Palabra de Dios en nuestros corazones y vidas tal y como es en verdad: la Palabra de Dios, la revelación del mismo Dios? Cuando la recibimos como la Palabra de Dios y no como la palabra de los hombres, entonces obra en nosotros eficazmente cuando creemos. Tenemos que hacerlo. Tenemos que tomar la decisión de aprender, creer y proclamar la veracidad de la Palabra de Dios.

2 Timoteo 2:15

¹⁵Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.

Debemos esforzarnos con honestidad y diligencia para presentarnos aprobados ante Dios como obreros que no tienen de qué avergonzarse. ¿Y cómo lo hacemos? Interpretando correctamente la Palabra de verdad.

Vayas donde vayas, la gente se preocupa por todo menos por interpretar correctamente esta Palabra. Se preocupan por a quién sigues. Se preocupan por a qué iglesia vas. Se preocupan por dónde te has formado. Se preocupan por cómo haces esto o aquello. Lo último que le preocupa a nadie en nuestros días es interpretar correctamente la Palabra de verdad.

Y parte de interpretarla correctamente no es solo una cuestión académica, sino también de aplicación, ¿verdad? Claro, si dice: «Quisiera que todos hablaseis en lenguas», y tú lo interpretas correctamente y dices: «Sí, sí, sí, eso está bien», pero nunca lo has hecho, no podrías decir que serías aprobado, ¿verdad? Debemos esforzarnos con honestidad y diligencia por ser aprobados ante Dios como obreros que no tienen de qué avergonzarse, interpretando correctamente la Palabra de verdad. No las palabras de los hombres. Nuestra época es una época de decisión. ¿Vamos a dedicar nuestros esfuerzos a interpretar correctamente las palabras de los hombres o vamos a dedicar nuestros esfuerzos a interpretar correctamente la Palabra de verdad?

Porque Dios amó tanto al mundo que mató a gente, la enfermó y la dejó terriblemente pobre. No, no. Porque Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo unigénito. ¿Y qué hay de que Dios es luz y en él no hay oscuridad, salvo cuando mata a tu abuela? Quiere hacerte sufrir para que puedas ser mejor para él. Eso es luz, ¿verdad? No, eso es oscuridad. Y la Palabra dice que Dios es luz y que en él no hay ninguna oscuridad. Todo esto se revela con mucha claridad. Lo único que tenemos que hacer es cogerla y leerla. Pero habrá gente que dirá: «Oh, ¿crees que a Dios realmente le importa eso?», o «¿De verdad está escrito?», o «¿Es esa la Palabra del hombre o es la Palabra de Dios?».

2 Corintios 4:3-5

³Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; ⁴en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. ⁵Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.

El dios de este mundo, que es el adversario, Satanás, el diablo, ha cegado las mentes de los que no creen, para que no les resplandezca la luz del glorioso evangelio de Cristo, quien es la

imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos. Cuando celebramos reuniones en casa, no nos predicamos a nosotros mismos. No nos estamos elevando a las alturas. No estamos ensalzando nuestras palabras. Estamos predicando la Palabra de Dios. Enseñamos la Palabra de Dios. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y a nosotros mismos como vuestros siervos por amor a Jesús.

Damos a conocer a su maravilloso Hijo. Damos a conocer la voluntad de Dios, la realidad de la presencia del Espíritu Santo, todas estas grandes verdades que la Palabra de Dios da a conocer. Cuando estamos en reuniones en casa y en situaciones de enseñanza, no nos predicamos a nosotros mismos. Llevo ya casi seis meses aquí en El Salvador. ¿Cuántas veces me habéis oído predicar sobre mí mismo, sobre mi vida? Quizá dos veces, que yo recuerde. Y solo para reforzar los pasajes bíblicos de los que estaba hablando. Sinceramente, creo que las Escrituras hablan por sí mismas con más fuerza de la que yo jamás podría hacerlo en su nombre. Por eso hablo de la Palabra, no de experiencias. Las experiencias no hacen que algo sea verdad. El mero hecho de que experimentes algo no significa que sea la verdad. La Palabra de Dios es la verdad. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí, volvamos a las reuniones en casa.

Y las reuniones en casa son muy importantes. Es allí donde, muchas veces, la gente ve satisfechas sus necesidades. Es donde está el amor y la ternura. O donde debería estar. Me encanta visitar pequeñas reuniones en casa. Cuando doy clase aquí, en la sede del ministerio, quitamos el escritorio, dejamos de lado la formalidad, acercamos las sillas y simplemente nos reunimos como una familia. Y me encanta el tiempo que paso en Soyapango. Los creyentes de allí me acogen en sus hogares y realmente me hacen sentir como parte de su familia. Pero Pablo no se limitó a quedarse en casa, donde estaba a salvo y cómodo. Salió adonde estaba la gente y les predicó a Cristo. Predicó la palabra de Dios. No las costumbres ni las tradiciones de los hombres. No interpretaciones particulares. Sino las Escrituras. La palabra, la palabra, la palabra, y nada más que la palabra.

Hechos 17:1-4

¹Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. ²Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, ³declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo. ⁴Y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas.

Durante tres semanas, Pablo acudió a la sinagoga y predicó sobre Cristo. El texto dice: «Como era costumbre de Pablo, entró [en la sinagoga] con ellos y, durante tres sábados, les expuso las Escrituras». Este era el comportamiento habitual de Pablo.

No decimos: «Bueno, ya sabes, yo soy el gran poder de Dios», como hizo Simón en el capítulo 8 de Hechos. Creo que él necesitaba un poco de liberación, ¿no es así? Somos seguidores de nuestro maravilloso Señor y Salvador, Jesucristo. Hoy es un día de decisión. ¿Vamos a tomar esta Palabra de Dios y creer que es la voluntad revelada de Dios, que lo que dice de sí misma es verdad, o vamos a dejar de lado la Palabra de Dios y tratarla como si fueran palabras de hombres, para luego convertirnos en seguidores de hombres, seguidores de los pensamientos de los hombres, seguidores de los ideales de los hombres? Yo prefiero seguir la Palabra de Dios, aunque nunca sea capaz de estar a la altura de creerlo todo.

No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y si Él es el Señor, entonces es a Él a quien seguimos, ¿verdad? Haces lo que dice el Señor, ¿no? Así es. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y a nosotros mismos como vuestros siervos por amor a Jesús. Así pues, como coordinadores de hogares, hoy es un día de decisión. ¿Vamos a tomar a Dios en su Palabra, a creer que la Palabra de Dios es la voluntad de Dios, a tratarla como la Palabra de Dios y no como palabras de hombres, o vamos a tratarla como palabras de hombres, interpretarla a nuestra manera y rebajarla al nivel de nuestra propia ignorancia? El nuestro es un día de decisión, y hoy estamos juntos no para debatir nuestras opiniones, ni para dejarnos desviar de la grandeza de la Palabra de Dios, sino para, en la medida de nuestras posibilidades, seguir creciendo en nuestra comprensión de la Palabra de Dios, que da a conocer la voluntad de Dios. De este modo, también podremos ayudar a otras personas —hombres, mujeres y jóvenes— para que ellos también puedan caminar en la grandeza de la Palabra de Dios.

Así pues, nuestro día es un día de decisión, y la decisión que debemos tomar es que la Palabra de Dios es la voluntad de Dios, que debemos interpretarla correctamente y caminar según ella.